

tera, los grandes árboles tienen tronco y **no tallo**... Además el decir a la palma que descuello sobre el tallo, es igual que si se dijese al tolo que se levanta sobre la parte»...

Vienen ahora airadas alusiones y un **autobombo** magnífico por lo ingenuo: «Si de esa estancia, que es una de las mejores de la oda, juzga Ud. de toda ella, tocará con evidencia lo débil de las bases en que estriba el nombre de esas personas que figuran en la república literaria, se convencerá más y más de que los seudocríticos, sus admiradores son aduladores bajos; y por último no le quedará la más mínima duda que un **genio obscurecido** puede con dos giros de su pluma derribar esos edificios de humo, esos fantasmas de viento».

Tratando del símil o comparación, estampa lo siguiente: «Mi paisanazo (que Dios perdona cuando se muera) D. Manuel José Quintana encomia allá a su modo al que llama restaurador del buen gusto, D. Ignacio Luzán... Pues este restaurador, en su canción a la defensa de Orán, que es la menos mala de todas sus poesías, dice... Donde entre más defectos que palabra aparece el símil ridículo del águila que arrebata una culebra y la devora en el aire. ¿Y esto para qué? ¡Para ilustrar el valor de soldados españoles del siglo XVI en la defensa de una ciudad cercada por los fieros africanos y sita allende los mares de nuestra entonces heroica Patria! ¡Bien por el exquisito gusto del restaurador! ¡Rebién por el talento crítico de su admirador Quintana!»

Al tratar de lo que llama **amplificación**, dice. «Llegamos ya al vicio infernal que desvirtúa hasta los más felices pensamientos de usted... La fecundidad de su fantasía le hace desleír un pensamiento con amplificaciones... aun en la mejor de todas sus composiciones, «Mi ensueño y mi ilusión»... ¿Qué será, pues, señora, si analizásemos las demás? La epístola moral a Fabio apréndala Ud. hasta en las comas, tómela siempre por modelo y tal vez cortaremos la cabeza a esa infernal serpiente de la amplificación. Diga Ud. con el profundo Rioja:

Pasáronse las flores del verano,  
El otoño pasó con sus racimos,  
pasó el invierno con sus nieves cano.

Y tendrá Ud. descrito casi todo el año en solo tres endecasílabos.  
Añada Ud. con el mismo:

La codicia en las manos de la suerte  
se arroja al mar, la ira a las espadas  
y la ambición se ríe de la muerte.

«Y con solas tres pinceladas tendrá descritas tres de las principales pasiones».

En cuanto al **hipérbaton** apunta que «nuestra lengua es acaso de todas las modernas la que más se presta a esa flexibilidad... Góngora abusó tanto del hipérbaton, que muchas de sus poesías las convirtió en el más tenebroso caos. Sirva de ejemplo el principio de sus **Soleidades**...

ANTONIO MANZANO GARIAS.

## MITO Y EXALTACION DE "LA SERENA"

¡Ay, la Serena,  
la Serenita  
del Guadiana...  
¡qué hermosa era!

Dicen que andaba  
por el remanso  
de Tamborrio,  
en donde el Zújar  
se reconcentra,  
junto a los setos  
de zarzamorras  
y entre los sauces  
y las adelfas.

Fué mucho antes  
de que nacieran  
las ya olvidadas  
tatarabuelas  
de las zagalas  
que ahora mocean.

¡Ay, la Serena!

Cuerpo de diosa,  
cara de luna,  
tez de alabastro,  
bucles de seda.

Cuando surgía  
dicen que todo  
se transformaba  
con su presencia.

Lo que miraban

sus ojos verdes  
se iluminaba  
con los fulgores  
de una luz nueva.

Lo que tocaban  
sus blancas manos  
resplandecía  
con el embrujo  
de la belleza.

Y cuando ingravida  
surcaba el río,  
al retratarla  
las aguas trémulas  
era una hipnótica  
visión antigua,  
gentil y mórbida,  
de las radiantes  
islas de Grecia.

¡Ay, la Serena!

Su voz fluía  
como el murmullo  
del agua mansa  
que en la ribera  
rima inefable  
con la sonata  
del pajarillo  
y los rumores  
que en la arboleda  
finge la brisa  
que se perfuma

con los aromas  
de la pradera.

*¡Ay, la Serena!*

Nunca la hallaron  
si la buscaban:  
Los que la vieron  
fué sin pensarlo...  
Y no volvieron  
jamás a verla  
o se perdieron  
en el misterio  
que el Guadiana  
sabe y silencia.

*¡Ay, la Serena!*

En un romance  
que circulaba  
por Talarrubias  
y por la Puebla  
se habla de una  
bella pastora  
que aseguraban  
murió de pena  
porque el garrido  
pastor amante,  
que era su esclavo,  
la dió al olvido  
desde que una  
mansa alborada  
de primavera  
junto al remanso  
de Tamborrió  
¡sólo un instante!  
vió retratarse

sobre las aguas  
la imagen fúlgida  
de la Serena.

*¡Ay, la Serena!*

Entre la simple  
gente sencilla  
de las majadas  
y los cortijos  
de *la Siberia*,  
de gente en gente  
los viejos cuentan  
que otros mancebos  
¡los más pulidos  
de la comarca!  
y en varias épocas  
fueron al valle  
de Tamborrió  
y ya más nunca  
se supo de ellos  
ni de su paso  
dejaron huella.

*¡Ay, la Serena!*

Y en cronicones  
que se guardaban  
en el castillo  
de la Encomienda,  
se habla de un joven  
conde gallardo,  
señor de muchas  
villas y aldeas,  
que en cierta noche  
de plenilunio  
quedó cautivo

del sortilegio  
de la Serena.

*¡Ay, la serena,  
la Serenita  
del Guadiana...  
¡qué hermosa era!*

Dicen que ha vuelto  
la Incomparable,  
la Misteriosa,  
la siempre bella;  
pero que ahora  
ya no se oculta  
de Tamborrios  
en la ribera  
ni acecha el paso  
de los mancebos  
entre los sauces  
y las adelfas.

Dicen que ahora  
vive en un pueblo  
de la comarca,  
pero que nadie  
sabe que es ella.  
Ni nadie dice  
si es en Castuera,  
es en Quintana  
o es en Guareña,  
en Don Benito,  
en Coronada  
o en Magacela,  
en Campanario  
o en Zalamea...  
Pero se afirma  
que confundida  
con las beldades

de la comarca,  
que son dechado  
de gentileza,  
va por las plazas  
y los paseos,  
danza en los bailes,  
bulle en las fiestas,  
anda en holgorios  
y romerías...  
Mas nadie... ¡nadie!  
quien es sospecha.

*¡Ay, la Serena!*

Dicen que dicen,  
cuentan que cuentan  
que no hace mucho,  
en una alegre  
noche festera  
hay quien la ha visto  
ir por el parque  
de Villanueva,  
entre el recodo  
de las palomas  
y los rosales  
de la caseta.

La conocieron  
porque apagóse  
la luz eléctrica  
y en la indecisa  
penumbra lánguida  
¡oh maravilla!  
surgió hechicera,  
surgió extrahumana,  
plena de encanto,  
resplandeciente  
como una estrella.

Cuerpo de diosa,  
cara de luna,  
tez de alabastro,  
verdes los ojos,  
las manos blancas...  
voz melodiosa  
y andar de reina.

*¡Ay, la Serena!*

Pero hay quien dice  
—señores graves  
y damas viejas—  
que eso es mentira,  
que no hay tal cosa  
ni la hubo nunca,  
que esos son bulos  
de gente tonta  
que toma en serio  
las invenciones  
y las bobadas  
de los poetas...  
y hasta aseguran  
que es muy posible  
que eso del mito

de la Serena  
lo divulgase  
la gente aquella  
del renombrado  
*Charco Chavito*  
¡tan pintoresca!

Es fastidiosa  
la gente seria.  
Mas no hagáis caso  
de sus monsergas.

¡Dejad que vuele  
la fantasía,  
dejad que sueñe  
la grey ingenua,  
dejad que hilvane  
la alada musa  
los hilos tenues  
de la leyenda!

*¡Ay, la Serena,  
la Serenita  
del Guadiana...  
¡qué hermosa era!*

JUAN LUIS CORDERO

Lea Ud.

"ALCÁNTARA"

y propáguela entre sus amistades.  
De este modo contribuirá a difundir,  
dentro y fuera de nuestra región,  
las letras extremeñas.

DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

## PATRONATO CANONICO DE NUESTRA SEÑORA DE LA MONTAÑA

(1906)

Es grato destacar que este Cáceres, relicario de piedras y de Historia, viejo de siglos, tuvo siempre un alma noble y candorosa, capaz de sentir hondamente firmes ideales del espíritu, desentendido de falsas doctrinas, y capaz, también, de embelesarse con inocentes puerilidades, como un niño bueno que no quiere saber de cosas amargas. Y nadie advierta en esto último un defecto, sino la prolongación de su espíritu creyente, siempre un poco tocado de candideces seráficas.

Por eso en aquel año de 1906, Cáceres, isla de luz en las crecientes inquietudes del mundo, mucho más niño y cándido que hoy, pero tan católico como siempre, vivió muy hacia dentro de su estrecho perímetro, con una sana y noble alegría. Campañas indignas trocaban contra el clericalismo; los anarquistas iban regando sangre; la bomba de Mateo Morral era el odio de los malos, explotando a los pies de la regia carroza nupcial de Alfonso XIII... Pero Cáceres, feliz con sus pequeñas y grandes cosas, quedaba al margen de las maldades y sonreía embelesado, viendo por primera vez desfilar por sus calles el Batallón Infantil; pequeñuelos jugando a la tropa, que hacían las delicias del público, con su paso marcial y sus flamantes uniformes. La ilusión de la gente era tan grande como reflejan estas palabras, publicadas en un periódico: «El Batallón manda en la capital con gran complacencia de los de arriba, los de abajo y los del medio, pues a todos se nos van los ojos y el alma detrás de estos soldados tan majos, tan simpáticos, tan arrogantes».

Infantiles todos, y todos buenos, gozaban con la graciosa niñería, sin perder de vista las tareas transcendentales y cristianas. Nació entonces la «Caja de Ahorros y Monte de Piedad», por iniciativa del Catedrático don Casto Ibarlucea, secundado en la Prensa por don Manuel Sánchez Asensio, y bajo el patrocinio de la Liga Católica. Hubo fiesta religiosa de inauguración, en Santa María, predicando en ella don Santiago Gaspar. En acto posterior, el entonces joven Letrado, hoy ilustre sociólogo, don León Leal, disertó sobre la institución que iniciaba su modesta vida en la casa número 4 de la Cuesta de la Compañía, presidida por el anciano Conde de Cañilleros. La Caja, de la que, con regocijo, decía un periódico que, al poco tiempo de fundarse, tenía más de 3.000 pesetas de imposiciones,